

serio ». Michelet no aceptó esta opinión. En el *Origen del Derecho francés* (1837), expuso las dos teorías : origen poético y origen prosaico. Hubo en un principio de los dos. Á fines de la época feudal el derecho abandona el simbolismo jurídico para ir á parar en la interpretación. El asunto se prestaba muy poco á la ornamentación literaria, y la imaginación no podía salirse de las fórmulas abstractas y secas de las leyes sálicas ó rituarías y de las capitulares; Michelet, por la amplitud de sus concepciones y por la riqueza del lenguaje, supo vivificar estos viejos textos jurídicos : los capítulos sobre el Estado, la familia y la propiedad son dignos de leerse.

Acabada su *Historia*, Michelet, extenuado, abandonó á París para ir al Océano y después á Italia. Al salir de las ciudades, se enamoró de la naturaleza « del humilde pueblo de los lagartos que corren por la roca », de los animales, de las aves, y se propuso escribir el poema de la naturaleza en cuatro libros ; *el Ave, el Insecto, el Mar y la Montaña*.

En ellos se alían el arte y la observación. Fué poético como La Fontaine, sabio avisado y gran escritor, como Bufón; del mismo modo que había buscado el alma de las generaciones en el pasado, evocó el alma del ave y convocó á toda la gente alada, desde los más sencillos, los pingüinos, á los que comprende y ama :

Al ver su actitud vertical, y su vestido blanco y negro, se los tomaría por bandadas numerosas de niños con delantales blancos. Estos hijos mayores de la naturaleza, confidentes de las antiguas edades de transformación aparecieron á los primeros que los contemplaban como extraños jeroglíficos. Con su mirada dulce, pero empañada y pálida como la superficie del Océano, parecían contemplar al hombre, el recién nacido del planeta, desde el fondo de su antigüedad.

El ala se hace más aérea : vemos las gaviotas de mirada clara y fría, color de mar, el águila marina, dominadora de la tempestad, el flamenco : « soñador de las lagunas », con su aspecto de gran señor arruinado; el colibrí y el « pájaro mosca » llamas aladas, la golondrina que ofrece á nuestros éxtasis la maravilla de su nido y su vuelo admirable; el ruiseñor :

¡Artista! El ruiseñor, en sentir mío, no es el primero, sino el único, entre la gente alada, que merece este nombre. ¿Por qué? Solo él es creador; solo él varía, enriquece, amplifica su canto y le agrega cantos nuevos; solo él debe su fecundidad y su variedad á sí mismo; los demás lo deben á la enseñanza y á la imitación. Solo él los resume y los contiene á casi todos; cada uno de ellos, desde los más brillantes, tiene un canto del ruiseñor. Solo otro pájaro llega con él, en medio de lo cándido y de lo sencillo, á obtener efectos sublimes : la alondra, hija del sol. Y el ruiseñor también se siente inspirado por la luz, de tal modo que, hallándose cautivo, solo y privado de amor, ella sola basta para hacerle cantar. Si se le mantiene algún tiempo en

a sombra y de pronto se le saca á la luz, delira de entusiasmo, prorrumpen en himnos. Hay sin embargo una diferencia : la alondra no canta de noche, no posee la melodía nocturna, la comprensión de los grandes efectos de la noche, la profunda poesía de las tinieblas, la solemnidad de la media noche, las aspiraciones de antes del alba. En fin ese poema tan variado que nos traduce y nos revela en todas sus peripecias un gran corazón lleno de ternura. La alondra posee el genio lírico : el ruiseñor, la epopeya, el drama, el combate interior; esto le procura una luz especial. En plenas tinieblas, ve en su alma y en el amor; por momentos, parece que ve más allá del amor individual el océano del amor infinito.

La emigración del ruiseñor, que, pequeñuelo, solo y tímido, emprende el gran viaje de Asia, es una epopeya dramática y luminosa. La travesía de Italia es uno de los más magníficos trozos.

El insecto es un ser misterioso, hijo de la noche.

No hay mirada en sus ojos. Ni el menor movimiento en su máscara muda. Bajo su coraza de guerra permanece impenetrable. ¿Late su corazón (porque no hay duda que lo tiene) á la manera del mío? Sus ojos son infinitamente sutiles, pero ¿son semejantes á mis ojos? Hasta parece que tiene algunos desconocidos y sin nombre; no podemos descubrirlos.

Michelet se ha inclinado, después de Bernardino de Saint-Pierre, hacia ese mundo de ligeros murmullos. ¡Seres extraños y turbadores! « Hallados, cogidos, abiertos, disecados, vistos con el microscopio y de parte á parte, siguen siendo un enigma para el hombre ». Se los mata y no se comprende los órganos minúsculos que parecen confusos porque son invisibles. Un alemán ha dicho : « Dios ha hecho el mundo, y el diablo, el insecto. » Michelet protesta contra este error. El pequeño tiene también su derecho. El insecto es un obrero maravilloso admirablemente preparado; es el amante más conmovedor, porque el amor le mata. Es el ciudadano más inteligente, porque forma ciudades y repúblicas que son modelos. La metamorfosis es el más espléndido de los fenómenos. ¿Decís que el insecto no habla?

Si, por cierto, habla por medio de sus energías : 1º por la acción inmensa de destrucción que ejerce sobre la exuberancia de la naturaleza, sobre una multitud de existencias demasiado lentas ó mórbidas cuya desaparición apresura; 2º habla además por medio de sus energías visibles, sobre todo en el momento del amor (sus colores, sus ojos, sus venenos, muchos de los cuales son nuestros remedios); 3º habla en fin por medio de sus artes que podrían fecundar á las nuestras.

Las abejas, las hormigas, y las arañas le inspiran páginas en que pone todo su corazón.

La araña es desgraciadamente solitaria. Salvo algunas especies (migalas), en que el padre ayuda algo á la madre, no tiene que esperar ningún auxilio.

El macho, después del amor, es más bien un enemigo. ¡Cruel efecto de la miseria! Echa de ver que sus hijos pueden servirle de alimento; pero la madre, más fuerte que él, hace una reflexión análoga, piensa que el comedor es comestible, y á veces se traga á su esposo. Domina en toda la naturaleza un tirano cruel, el vientre.

Gloria al insecto cuyo función es de las más elevadas; es el salvador del mundo y ¡ay de los que no lo comprenden! porque la guerra encarnizada que hace á toda existencia mórbida ó embarazosa, asegura la salvación de la humanidad y las condiciones de salubridad que hacen habitable la tierra.

El *Mar* es una visión poderosa de un mundo fantástico: el mar, imperio del temor y de la noche.

Gran tristeza es ver todas las tardes al sol, esa alegría del mundo y ese padre de toda vida, hundirse, ocultarse en las olas. Es el duelo cotidiano del mundo y especialmente del Oeste. Por mucho que presenciemos diariamente este espectáculo, ejerce sobre nosotros el mismo poder y el mismo efecto de melancolía.

El mar visto desde la orilla, las playas, de arena y de rocas, los cantiles, las tempestades, los faros, y los exploradores le suministran cuadros, desarrollos, relatos que colora su genio luminoso, violento, que le impulsa al drama palpitante y á las proporciones de un gigantesco panoráma. Hay dos ideas originales que le han inspirado sobre todo: la fecundidad del mar y su beneficencia. Fecundidad. El mar es estéril, decían los antiguos. Nada hay más falso. Los seres del mar no tienen más que una función: amar y multiplicarse. La realizan con un poder que es para el mundo un peligro y el mar mismo apenas puede conjurarlo:

En la noche de San Juan (el 24-25 de junio), cinco minutos después de media noche, se abre en los mares del norte la gran pesca de arenques.

Bailan sobre las olas fulgores fosforescentes. « ¡He aquí los relámpagos del arenque! » Es la señal consagrada que se oye en todas las barcas. Desde las profundidades hasta la superficie, acaba de subir un mundo viviente atraído por el calor y el deseo de la luz. La de la luna pálida y suave agrada á la gente tímida; es el tranquilo fanal que parece enardecerlos para su gran fiesta de amor. Suben todos juntos, ni uno solo se queda atrás. La sociabilidad es la ley de esta raza. Nunca se los ve sino juntos. Juntos viven sepultados en las tenebrosas profundidades; juntos vienen en la primavera á tomarse su modesta parte en la dicha universal, á ver la luz, á gozar y á morir. En apretadas filas, jamás están bastante cerca uno de otro. Navegan en bancos compactos. « Es (decían los flamencos) como si nuestros diques se echasen á bogar. » Entre Escocia, Holanda y Noruega, parece que se levanta una isla inmensa y que está á punto de surgir un continente. Despréndese un brazo al Este y penetra en el Sund, llenando la entrada del Báltico. En ciertos pasos estrechos no es posible remar; el mar parece sólido. Mi-

llones de millones, miríadas de miríadas; ¿quién osará adivinar el número de estas legiones? Se cuenta que en otro tiempo, cerca del Havre un solo pescador halló una mañana en sus redes ochocientos mil. En un puerto de Escocia, se pescaron once mil barriles en una noche. Van como un elemento ciego y fatal y no hay destrucción capaz de desalentarlos. Hombres y peces, todos caen sobre ellos y siguen siempre bogando. No hay que admirarse, pues mientras bogan, aman. Cuantos más se matan, más producen y multiplican en su camino. Las columnas espesas y densas, en la electricidad común, flotan entregadas únicamente á la gran obra de la felicidad. Todo camina á impulso de las olas y de la onda eléctrica. Cójanse algunos entre la masa y se encontrarán unos fecundos, otros que lo fueron y otros que desearían serlo.

En ese mundo que no conoce la unión fija, el placer es una aventura, el amor una navegación. En todo el camino difunden torrentes de fecundidad. Á dos ó tres brazas de espesor, desaparece el agua bajo la abundancia increíble del flujo materno en que nadan los huevecillos del arenque. Es un espectáculo digno de verse al salir el sol; el mar está blanco, en una extensión de varias leguas: espesas, grasas y viscosas olas, en que fermenta la levadura de la vida. En centenares de leguas á lo largo y á lo ancho, hay como un volcán de leche fecunda que ha hecho su erupción y que ha anegado el mar. Lleno de vida en su superficie, ésta llegaría al colmo si semejante potencia indecible de producción no se viese violentamente combatida por la áspera liga de todas las destrucciones. ¡Piénsese que cada arenque tiene cuarenta, cincuenta y hasta setenta mil huevos! Si la muerte violenta no pusiese remedio, multiplicándose cada uno por término medio por cincuenta mil, y cada uno de estos cincuenta mil por otro tanto á su vez, llegarían en muy poco tiempo á cegar y solidificar el océano ó á putrificarle, á suprimir toda raza, á convertir el globo en un desierto. La vida llama aquí imperiosamente la asistencia de su hermana la muerte. Ambas se entregan á un combate, á una lucha inmensa que no es sino armonía y realiza la salvación.

Beneficencia: los baños de mar, la pureza del aire en las playas, devuelven la vida á los desahuciados. El océano proclama una lección de bondad y de solidaridad humana.

El mar, muy distintamente, con voces que se creen confusas, articula graves palabras. Pero el hombre no oye fácilmente, cuando llega á la orilla ensordecido por los ruidos vulgares, cansado, sin fuerzas, y convertido en ser prosaico. El sentido de la vida elevada ha bajado mucho, hasta en los mejores que se hallan en guardia contra ella. ¿Quién podrá ejercer impresión en ellos? ¿La naturaleza? Todavía no. Amansado por la familia, por la inocencia del niño, por la ternura de la mujer, el hombre empieza por interesarse por las cosas de la humanidad, se ve en esto que las almas tienen sexo y sienten de modo muy diverso. La mujer es la que más experimenta la impresión del mar y de la poesía de lo infinito; pero él se interesa más por el hombre de mar, por sus peligros, por su diario drama, por el flotante destino de su familia. Aunque la mujer se muestre compasiva con las miserias individuales, no presta tan serio interés á las clases. Todo hombre laborioso que llega á la costa, fija principalmente su atención en la vida de los hombres de tra-

bajo, pescadores y marinos, en esa vida ruda, aventurera, de grandes peligros y escasa ganancia.

Mientras la esposa se levanta y viste al niño, le veo pasearse por la costa. Una fresca mañana, después de una noche de grandes lluvias, vuelven las barcas una á una; todo esta mojado, lacio, los vestidos chorrean agua. Los muchachos han pasado también la noche en el mar. ¿Qué traen? Poca cosa. Sin embargo vuelven con vida. Con el viento violento de aquella noche, las barcas hacían agua y vieron de cerca la muerte. Gran ocasión para el hombre que se quejaba tanto ayer, de reflexionar en su interior y decir: « Mi suerte es mucho más suave. »

Por la noche, con una puesta de sol dudosa, en que cubren el mar siniestro nubes cobrizas, los ve partir. « ¿No tendremos mal tiempo? » les dice. « Señor, hay que vivir. » Llevan consigo á sus hijos. Sus mujeres, llenas de profunda gravedad, siguen con la vista y más de una reza en voz baja algunas oraciones. ¿Quién no se uniría á ellas? El forastero hace votos en su interior, diciendo: « La noche será mala. Desearía verlos volver. » De esta suerte abre el mar el corazón.

El Océano es una voz. Habla á los astros lejanos, responde á sus movimientos en su lenguaje grave y solemne. Habla á la tierra, á la costa con acento patético; dialoga con sus ecos; alternativamente quejumbroso ó amenazador, ruge ó suspira. Sobre todo se dirige al hombre. Como es el crisol fecundo en que empezó la creación y continúa su poderosa obra, tiene en sí la viva elocuencia, es la vida que habla á la vida. Los seres que nacen en él por millones y por miríadas son sus palabras. El mar de leche de que salen, la fecunda gelatina marina, aun antes de organizarse, blanca y espumosa, habla. Todo ello en conjunto constituye la gran voz del Océano. ¿Qué dice? *Dice la vida*, la metamorfosis eterna. Dice la existencia flúida. Hace que se avergüencen las ambiciones petrificadas de la vida terrestre. ¿Qué dice? *Inmortalidad*. En lo más bajo de la naturaleza, hay una fuerza indomable de vida. ¿Cuánto más la habrá en lo más alto, en el alma! ¿Qué dice? *Solidaridad*. Aceptemos el rápido cambio que existe entre los elementos diversos del individuo. Aceptemos la ley superior que une á los miembros vivientes de un mismo cuerpo: humanidad. Y por encima de todo, la ley suprema que nos hace cooperar, crear, con la gran Alma, asociados con la amante Armonía del mundo, solidarios con la vida de Dios.

Y he aquí á la Montaña que también tiene voces edificantes:

Esas vírgenes de luz que nos dan el día cuando el cielo se halla aún sumido en la sombra, no regocijan solamente los ojos fatigados por el insomnio, sino que avivan el corazón, le hablan de esperanza, de fe en la justicia y templan nuevamente su fuerza viril y su firme resolución.

Jamás se había escrito una historia natural semejante, llena de lirismo, de lectura, de observaciones, pero sobre todo de lecciones. La Naturaleza enseña al hombre las grandes leyes de la vida en las que domina la Bondad.

Es á la vez el optimismo de J. J. Rousseau, el éxtasis de B. de Saint-Pierre y un homenaje religioso al creador que puso todo el genio

divino en los mejores detalles como en los más vastos conjuntos del universo.

Se ve siempre, como en el historiador, su alma exquisita y bondadosa que se llena de efusión hacia los humildes, y cuya sensibilidad cae como una lluvia sobre los débiles: hay en Michelet un filántropo del siglo XVIII que hubiera leído mucho á Virgilio. Su fuerza reside en su conmiseración, en su facultad de amar y de creer, porque tiene la fe robusta. Cree en el cielo, en el alma, en la inmortalidad, en el porvenir. No se apiada inútilmente, sino porque espera, sumido en místico éxtasis, con las miradas fijas tan alto y tan lejos que fué mejor historiador, mejor profeta y hasta mejor naturalista que político.

De su historia social (*la Biblia de la humanidad, los Orígenes del derecho, el Pueblo, la Bruja, el Estudiante, Nuestros Hijos, la Mujer, el Amor*), no discutiremos aquí las teorías que tanto agradaban á los filósofos de 1848, lo mismo á Lamennais que á Buchez, á Pierre Leroux, á Edgard Quinet y á Jean Reynaud, que atravesaron la sociedad, como deslumbrados por su fuego interior.

La *Biblia de la humanidad* es la historia de la civilización á través de las edades de los Vedas indios, hasta la declaración de los derechos del hombre.

La humanidad deposita incesantemente su alma en una Biblia común. Cada gran pueblo traza en ella su versículo. Los versículos son muy claros pero de forma diversa y de escritura muy libre: aquí se trata de grandes poemas, allí de relatos históricos, más allá de pirámides ó estatuas. Un dios y á veces una ciudad, dicen mucho más que los libros y, sin frases, expresan el alma misma. Hércules es un versículo, Atenas otro, tanto ó más que la *Iliada*, y el elevado genio de Grecia reside todo entero en Palas Atenea.

El *Ramayana* indio, « dulce poema... canto delicioso... Biblia de la bondad... » le llena de admiración; la reconciliación de Ormuz y de Ahrimán, el espíritu del bien y el espíritu del mal, le inspira páginas de centelleante poesía acerca de la religión y de las costumbres de Persia. Se entusiasma con el genio griego:

Grecia ha hecho más que todos los imperios... Tal fué en ella la fuerza de vida, que, dos mil años después, basta una sombra ligera, un lejano reflejo de Grecia para crear el Renacimiento.

Egipto, Siria, Frigia y Fenicia son países orientales, de costumbres desarregladas, de religión cruel y en que el pueblo carece de valor intelectual y moral. En Judea hace descripciones de paisajes de resplandeciente colorido y una interpretación profana de la Biblia. Vienen en seguida Jesús y el cristianismo, que no cuenta con las simpatías de Michelet.

Y ahora, marchemos, marchemos hacia las ciencias de la vida. Una enorme luz cuyos potentes y terribles rayos se cruzan, fulminando sobre el pasado ha mostrado en su lugar el acuerdo victorioso de dos hermanas, Ciencia y Conciencia. Toda sombra ha desaparecido, la Justicia resplandece eterna, idéntica en sus edades, sobre su sólida base de naturaleza y de historia.

Tal es la conclusión de esta obra en que, á pesar de los juicios aventurados, del tono de polemista agresivo y de sus prejuicios, el historiador y el artista han trazado magníficos cuadros.

Se siente uno seducido por la forma feliz, por el sentimiento de ternura hacia los débiles, por el instinto de poesía conmovedora que descubre en el fondo de los dramas populares ó de las leyendas de los campesinos (*Leyendas del Norte*, las más bellas páginas que haya podido inspirar la Rumania). Siempre se muestra el mismo: vastas miradas penetrantes, echadas sobre espacios inmensos para sacar de ellos un bosquejo de amplios y potentes frescos, en que á veces sufren algo el buen gusto y el juicio, pero en que resplandece el fuego de los poetas. Su alma ablandada y compasiva tiene acentos conmovedores más hermosos que sus gestos de cólera, y no conozco nada más encantador que su pintura de los niños y de las madres.

El estilo de Michelet, violento, nervioso, sacudido por los espasmos, conmueve, sacude, arrastra y encadena: es irresistible. Faguet lo ha demostrado:

No hace jamás, á pesar de ser historiador, ni « retratos », ni « narraciones ». La disposición paciente, previsora y concertada para obtener un efecto de conjunto, rasgos de una figura ó detalles de un relato le repugnan en absoluto; procede por grandes rasgos sueltos. El personaje, mezclado con los acontecimientos, con las consideraciones y emociones del autor, se va dibujando poco á poco, mediante apariciones sucesivas, volviendo cada vez á la escena tanto más vivo cuanto que jamás está aislado ni pintado en el aire, sino al contrario, rodeado siempre de cosas reales que le sostienen.

De la misma manera están hechos los relatos de Michelet. No creo que haya *contado*, en el sentido ordinario de la palabra, una batalla, una entrevista ó una anécdota.

Todas estas cosas las muestra, las saca bruscamente á luz como en el haz luminoso que viene á pararse en un cuadro negro y de pronto desaparece. Hay aquí un verdadero defecto. Con frecuencia se embrolla á nuestros ojos la serie de los tiempos y de los acontecimientos. Perdemos con él el sentimiento de la continuidad. Á cada instante se siente la necesidad de conocer la historia para aprenderla en él. En verdad la ilumina magníficamente. Posee más que nadie en el mundo todo lo que en el estilo constituye *emoción y pintura*. El relieve duro, el dibujo neto, y el vigoroso perfil de una palabra que parece un surtidor de llama, es lo que constituye su excelencia. Y también la ternura, la compasión, el odio y la cólera que animan, contraen, dulcifican, ú obligan á hacer muecas á su estilo como á una figura humana. Su frase es un gesto.

Agrada, subyuga, y eleva por la imaginación ardiente como un horno, por el don de expresión, por la sensibilidad comunicativa, por la pasión exagerada, por la fe sólida, por el misticismo nervioso y por el simbolismo brumoso. Nos arranca del presente, que no ha visto ni comprendido, por ser el hombre de ayer y de mañana el hombre de las esferas superiores á las mezquindades actuales, el poeta de las almas, de los hechos y de las cosas, el apóstol del amor y de la bondad.

Mignet, contemporáneo, compatriota y amigo de juventud de Thiers, estudió derecho con él en Aix su ciudad natal; como él, obtuvo su primer éxito ante una academia provincial con un ensayo histórico (*Carlos VII*); con él vino á París, entró en el periodismo, colaboró en el *Courrier français* donde había empezado á escribir el mismo Thierry; hizo un curso libre acerca de la revolución de Inglaterra y, al mismo tiempo que Thiers, publicó una *Historia de la Revolución francesa*, más corta, pero sólida, y en la que se echa de ver que el autor piensa mucho más de lo que dice. Un incidente de prensa le valió un proceso en el que fué defendido por La Fayette. Fué absuelto y en adelante figuró en la oposición. Estuvo al lado de Thiers y de A. Carrel en la campaña del *National* contra las Ordenanzas.

La Revolución de 1830, que le pareció un final lleno de todo reposo para Francia, puso también fin al período de actividad exterior de su vida. Sólo consagró sus cuidados á la historia. Era para él una función más bien que una vocación. Consejero de Estado, director de los Archivos en el Ministerio de los Negocios extranjeros hasta 1848, miembro de la Academia Francesa en 1836, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias morales y políticas en 1837, cargo que desempeñó durante cerca de medio siglo, no ejerció muy pronto más que una función inamovible, la Historia, ó más bien la Monografía, pero lo ejerció como una magistratura. En el Instituto, sus *Elogios* de los miembros difuntos son estudios completos y profundos en medio de su elegante brevedad, y los libros cortos y muy cuidados que dió al público, son modelos de ciencia concentrada, al mismo tiempo que de psicología y de estilo.

Su *Historia de la Revolución*, que se para en realidad al fin de la Convención, pues el resto no es más que un resumen, debía ya su originalidad al vigor de los retratos que en ella se suceden. Si se deja á un lado la *Introducción á la Historia de la sucesión de España*, que es un prefacio en cuatro volúmenes de documentos (1835-1842), la obra característica de Mignet es una serie de monografías sobre el siglo xvi. Había

soñado con escribir una historia general de la Reforma protestante, pero, por exceso de conciencia y de trabajo, se detuvo en algunos episodios: *Establecimiento de la Reforma religiosa y constitución del calvinismo en Ginebra* (1837), *Antonio Pérez y Felipe II* (1844-1846), *Historia de María Estuardo* (1847-1851), *Carlos Quinto, su abdicación, su permanencia y su muerte en el monasterio de Yuste* (1852-1854), *Rivalidad de Francisco I y de Carlos Quinto* (1875). Creeríase, al leer esta lista, que este escritor de estilo tan clásico tenía la imaginación romántica; también tenía el espiritualismo de los románticos, al mismo tiempo que el gusto de la psicología de los clásicos: « El verdadero historiador, dice, sabe asignar en el cumplimiento de los hechos la parte de las voluntades particulares que atestiguan la libertad moral del hombre, y la acción de las leyes de la humanidad hacia fines superiores, bajo la acción oculta de la providencia. » Con frecuencia narra como Barante, con las palabras de los contemporáneos, como en *la Rivalidad*, pero entiende siempre que el historiador ha de tener el derecho de sacar conclusiones, y los finales de sus obras son precisamente páginas características de su método; allí se concentran los hechos y las ideas, se apiñan las palabras, estalla la luz de minuciosas pesquisas y con el noble acento y la sangre fría enérgica de un Guizot, que fuese sobrio en el desarrollo, plantea, con el último rasgo de un cuadro cincelado, la última prueba de una tesis.

Os he hablado ya de Lamartine, no he de volver sobre su obra.

Luis Blanc dió también una *Historia de la Revolución*. Fué precedida de una tentativa voluminosa, *la Historia de los diez años*, que no es comparable con la *Historia de la Revolución*. Ésta compuesta en el destierro, en Londres, es el fruto de trabajos concienzudos hechos en muy malas condiciones. Su método es científico, las referencias exactas, y la imparcialidad segura en cuanto á la intención; la crítica histórica halla que aprender en los apéndices en que el autor se explica acerca de su trabajo; pero la retórica hallaría demasiado fácilmente materia de instrucción en el cuerpo de la obra, sobre todo en las que elaboró por medio de requisitorias para reuniones públicas y de artículos para periódicos apasionados.

Mientras trabajan los nuevos, los precedentes dan aún á luz obras de gran valor, puesto que ésta es la época en que Guizot, acabada su carrera política, vuelve á sus robustos trabajos y en que H. Martin toma nuevamente por su cuenta el vasto asunto de Sismondi, de un modo parecido al de Barante y Thierry; en que Tocqueville lleva el espíritu

de Guizot al estudio del antiguo régimen y de la Revolución; en que Quinet hace más mordaz la hipérbole de Michelet. Pero es también el tiempo en que, por una parte, Thierry, desalentado, deja de escribir y muere; en que Michelet se extravía en el iluminismo, y en que Thiers acaba su *Historia del Imperio* antes de entrar en la política; por último es también la época en que se inicia casi á la vez en todos los géneros de la historia erudita una nueva milicia de profesores con los que alternan algunos hombres de mundo. Si son aún menos numerosos que en la generación siguiente, se sienten aún menos atraídos por la política ó menos desviados de la enseñanza, y por lo tanto pueden ser más eficazmente fieles á su tarea.

Aparecen juntamente los primeros libros de Taine, de Renan y de Fustel de Coulanges, novadores á quienes encontraremos más tarde para estudiarlos en el período siguiente, más fecundo aún para ellos; aparecen también juntos los iniciadores de la historia religiosa, Sres. de Broglie, de Pressensé, de Champagny, A. Maury, de Montalembert, Denis y Ménard, que preparan el espíritu público para que sea capaz de interesarse en una ciencia que Renan hará suya, y se ve surgir simultáneamente toda una familia de grandes cartistas¹ y medioevalistas, Quicherat, Bourquelot, Boutaric, de Rozières, L. Delisle, Paris, Meyer, Arbois de Jubainville y Gaidoz; toda una familia de historiadores de las administraciones modernas, Clément, Rousset y Daresté, y por encima de todos ellos, Chéruef, cuya vida no es menos hermosa que su obra; por último toda la familia de los historiadores franceses de naciones extranjeras: Geoffroy, Rosseuw Saint-Hilaire, Perrens, Zeller, Wallon; el batallón de los grecizantes y de los romanizantes: Beulé, Heuzey, Perrot, L. Rénier, Le Blant, Desjardins, Blacas, N. des Vergers, Bréal, Deloche, Himly sin olvidar al mismo Napoleón III. El jefe del Estado y las corporaciones sabias rivalizan en fomentar las grandes misiones y las ciencias recién agregadas á la historia, la egiptología en la persona de Mariette, la asiriología con Oppert, y algunos de los que ya hemos nombrado. En una palabra es el tiempo del ministerio Duruy y el en que nace la Escuela de Altos Estudios².

H. Martin, E. Quinet, A. de Tocqueville y V. Duruy son los hombres

1. Se da en Francia el nombre de *cartistas* á los que han hecho estudios en la Escuela llamada *des Chartes*, es decir, de paleografía, diplomática, etc. (N. del T.)

2. En España tenemos muy poco de esto y lo poco que hay se debe á la iniciativa y al esfuerzo individual de los estudiosos, tanto más meritorio, cuanto que nadie los alienta ni recompensa. Muchas veces, cuando se intenta algo, es para dar palos en el agua, ó para representar *Los Pavos reales*. Precisamente en los actuales momentos, cuando casi todo está por hacer en la Península, se crea una *Escuela de estudios históricos* en Roma para imitar á las naciones más adelantadas. En resumen servirá para colocar á amigos y paniagados de los políticos. Y lo más triste es que los periodicos aplauden ruidosamente tales medidas. (N. del T.)

que, ante la posteridad, representarán, sin duda, la evolución que acabamos de indicar en el género histórico.

Henri Martin, nacido en 1810, tuvo una existencia algo semejante á la de Mignet. Hasta 1837 se entregó á ensayos más variados, sin duda: periodismo literario y caprichoso, y empresas de librería. Su gran *Historia de Francia* no fué en un principio otra cosa. Pero con la labor el ideal se fué determinando y se elevó; no tardó el autor en consagrarse á él exclusivamente y la obra, escrita de nuevo enteramente por Henri Martin sólo se completó en 19 volúmenes (1854). Á la muerte de Thierry, titular desde hacía quince años del gran premio Gobert, la Academia se lo atribuyó á Henri Martin. *La Historia de Francia* fué refundida nuevamente y recibió su forma definitiva en 1860. Durante breve espacio, hacia 1848, había ocupado el autor una cátedra en la Sorbona y también, pareció tentarle por breve tiempo la política después de 1870. Al regreso de un viaje á Grecia, murió á la edad de setenta y tres años. Hoy día, se muestra en general cierta severidad hacia la compilación de Henri Martin (diez mil páginas). En efecto, carece de originalidad: es el cuadro de lo que no puede dejar indiferente al lector deseoso de conocer lo pasado. Tal vez dicho lector tiene que hacer algún esfuerzo para estudiar esas largas y grises narraciones sembradas de vulgares reflexiones. Pero hay trozos excelentes en esta *Historia de Francia*: es una obra muy profundamente francesa ó, digámoslo para lisonjear le memoria de Henri Martin, profundamente céltica. «¡Soy un Celta incorregible!» proclamaba y, como tal, aquel enemigo de la Iglesia fué también espirituaíista, porque creía en la Providencia. Hay ciertas cualidades meritorias que señalar en el fondo y en el plan: en una vasta historia de nuestro pasado, Henri Martin habló el primero de las revoluciones artísticas y literarias, y fué también el primero en relacionar nuestras revoluciones con las de Europa, hagamos también constar, con Villemain, si hemos de ser justos, que H. Martin se hizo cada vez más imparcial á medida que iba entrando en relación, en su obra, con las épocas acerca de las cuales se manifiestan aún las pasiones y que, por último, en el panorama que trazó, es fácil de reconocer la larga vida de Francia.

Si nos hemos de referir á los solos títulos de las obras de Edgard Quinet, parecería que la historia no fué para él sino una ocupación pasajera, entre otras muy diferentes. Sin embargo se ha fusionado con todos sus escritos y su vida es el reflejo particular de un siglo singular.

Nacido en 1803, en Bourg-en-Bresse, fué educado por una severa madre protestante, llevó desde muy temprano una vida azarosa, en el ejército del Rin en que era oficial su padre, hizo estudios irregulares, fué admitido en la Escuela politécnica, pero no quiso entrar. Atrajéronle

las letras, y se estrenó con la traducción de un libro de Herder (*Filosofía de la Historia*) que le valió los estímulos de V. Cousin y el contraer, en casa de este último, amistad con Michelet. Así como se dice siempre «Thiers y Mignet», puede decirse «Michelet y Quinet».

El joven visitó á Alemania, Grecia, Italia y en los intervalos de su permanencia en Francia se entregó á investigaciones en las bibliotecas, prodigó sus artículos en los periódicos é hizo imprimir su inolvidable y demasiado olvidado poema alegórico en prosa de *Ahasvero* (1833), «historia del mundo y de Dios, y de la duda en el mundo», sus poemas en verso, *Napoleón* (1836) y *Prometeo* (1838).

Nombrado profesor de literatura extranjera en la Facultad de letras de Lyon, en 1838, fué llamado cuatro años después á la cátedra de Lenguas y Literatura de la Europa meridional en el Colegio de Francia, donde se encontró con Michelet y Mickzievitz, sospechosos al poder público por su ultraliberalismo. El espíritu avanzado de estos cursos que aparecieron en volumen bajo los títulos: *el Genio de las religiones*; *el Ultramontanismo*, *el Cristianismo* y *la Revolución francesa*; el espíritu de los mismos, y los incidentes á que dieron lugar, fueron causa de su suspensión, seguida bien pronto, después de 1848, de una reapertura que fué un acontecimiento. Dió entonces á luz su gran obra *las Revoluciones de Italia*, para demostrar como «puede morir y renacer varias veces» una nación cristiana.

Diputado de la Constituyente y de la Legislativa, tuvo que abandonar su país el 2 de diciembre. Retirado á Bruselas, se casó con la hija de Asaki, el escritor rumano, que era también poeta, historiador y político.

En este destierro fué donde Quinet trabajó más y mejor en nuevas obras simbólicas (*los Esclavos*, *Merlín el encantador*) y en nuevas obras históricas: *la Fundación de la República de las Provincias Unidas* (1854), *la Historia de la campaña de 1815* (1862) y por último *la Revolución* (1865).

Diputado de la Asamblea Nacional en 1871, murió en Versalles en 1875.

Todo lo que, en la obra de Quinet, no es propiamente historia, es la expresión de una imaginación conmovida por los grandes hechos y las grandes bellezas. Se leen aún algunas páginas célebres de sus tres grandes historias, como las que deberían leerse siempre en *Revoluciones de Italia*, sobre *la Divina Comedia del Dante*, sobre las revoluciones en el arte, sobre el terror, fundamento de las repúblicas italianas, y los relatos llenos de color de *la Campaña de 1815* ó bien los relatos aislados y colectivos de *la Revolución*. Lo que más perjudica á Quinet, á los ojos de una generación amaestrada por la experiencia, son el tono siempre vibrante, y la exaltación sostenida. Pero el autor de *la Revolución* es un verdadero